

y volvió a escribir con el dedo en el aire:
 «¡Vivan los compañeros! Pedro Rojas».
 Su cadáver estaba lleno de mundo. (V., págs. 239-240).
 Ernesto Zúñiga, duerme con la mano puesta,
 con el concepto puesto,
 en descanso tu paz, en paz tu guerra.
 Herido mortalmente de vida, camarada,
 camarada jinete,
 camarada caballo entre hombre y fiera,
 tus huesecillos de alto y melancólico dibujo
 forman pompa española, pompa
 laureada de finísimos andrajos!
 Siéntate, pues, Ernesto,
 oye que están andando, aquí, en tu trono,
 desde que tu tobillo tiene canas,
 ¿Qué trono?
 ¡Tu zapato derecho! ¡Tu zapato! (V., págs. 246-247).
 ¡Ahí pasa! ¡Llamadla! ¡Es su costado!
 ¡Ahí pasa la muerte por Irún!
 sus pasos de acordeón, su palabrota,
 su metro de tejido que te dije,
 su gramo de aquel peso que he callado... (V., pág. 243).

Y vienen, luego, los temas —el Tema—, en fila o en escuadrón. Doy ejemplos textuales sólo de cuatro: *el pueblo (español)*, *la cultura*, *los niños* y *España*. No establezco emparejamientos mecánicos; el lector no puede ser ofendido nunca; pero no olvido —y no olvide— que el telón de fondo, la página en negro, es la guerra.

Escribe Unamuno:

Los siglos precisos para que la ilusión antropocéntrica se desvanezca en el pueblo inculato (A1, pág. 19).
 ... enfermedad mental, complejo inferioridad aldeana (A2, pág. 21).
 Mineralidad del pueblo (A2, pág. 21).
 ... un pueblo de resentidos (A2, pág. 21).
 terremoto sísmico —temblor de tierra— temblor de pueblo. Se le abren las entrañas, se desentraña [muestra su hechura, las malas entrañas, envidia, odio, resentimiento] cultivo sobre el terremoto; en lava (A3, pág. 23).
 Matar y dejarse matar (A3, pág. 23).
 El pueblo español se entrega al suicidio. Pero como le retiene el instinto animal de vivir —y reproducirse— se entrega a estupidizarse, al opio y al alcohol. El goce de morir matando. Un pueblo no de vividores, sino de moridores. [...] Tolerante, no misericordioso. [...] Temblor de pueblo, huracán, tornado, galerna, manga, tifón, tromba. En un mar de tristeza. Desesperados y resignados [...] Buscando pábulo para el odio, a quien odiar (A4, pág. 25).
 Complejo de inferioridad infantil (B3, pág. 31).
 Espíritu comunal, no colectivo. ¿Sumiso no sometido? (B3, pág. 31).
 Ahora está permitido matar. En casi todos se enciende el odio, en casi nadie la compasión (C1, pág. 35).
 El ruso y el español. El español reliquias, huesos, lienzos teñidos de sangre; el ruso imágenes, iconos (C3-4, págs. 39-41).
 Paz en la guerra. Camaradería entre los dos bandos, no odio. Conversaciones de avanzada a avanzada (D2, pág. 45).
 Un pueblo que no tiene miedo a sí mismo, espantado de sus propias barbaridades (D3, pág. 47).

Este temblor de pueblo que como los de tierra, le ha abierto las entrañas y hecho verter la lava de sus peores pasiones (D4, pág. 49).

Y Vallejo escribe:

Un día prendió el pueblo su fósforo cautivo, oró de cólera y soberanamente pleno, circular,
 cerró su natalicio con manos electivas;
 arrastraban candado ya los despóticas
 y en el candado, sus bacterias muertas...
 ¿Batallas? ¡No! ¡Pasiones! Y pasiones precedidas
 de dolores con rejas de esperanzas,
 de dolores de pueblos con esperanzas de hombres
 ¡Muerte y pasión de paz, las populares!

[...]

El mundo exclama: «¡Cosas de españoles!» Y es verdad.
 [...]

(Todo acto o voz genial viene del pueblo
 y va hacia él, de frente o transmitidos
 por incesantes briznas, por el humo rosado
 de amargas contraseñas sin fortuna.)

[...]

Proletario que mueres de universo, ¡en qué frenética armonía
 acabará tu grandeza, tu miseria, tu vorágine impelente,
 tu violencia metódica, tu caos teórico y práctico, tu gana
 dantesca, españolisima, de amar, aunque sea a traición
 a tu enemigo!

(V., págs. 223-224).

Al fin de la batalla,

y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre
 y le dijo: «No mueras, ¡te amo tanto!»

Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Se le acercaron dos y repitirieronle:

«¡No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!»

Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos, mil,
 clamando: «¡Tanto amor y no poder nada contra la muerte!»

Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Le rodearon millones de individuos,
 con un ruego común: «¡Quédate, hermano!»

Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Entonces, todos los hombres de la tierra

le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;
 incorporóse lentamente,

abrazó al primer hombre; echóse a andar... (V., pág. 259).

Padre polvo, sudario del pueblo,

Dios te salve del mal para siempre,

padre polvo español, padre nuestro (V., pág. 262).

Escribe Unamuno:

Lo que más importa es la intelectualidad y la religiosidad (C4, pág. 41).

Los motejados de intelectuales les estorban tanto a los hunos como a los hotros (D1, pág. 43).

¿Odio a la inteligencia? ¿O no más bien miedo a ella? (D2, pág. 45).

¿Para qué escribo esto? Para remedio. No. Para conocim. del mal.

Si uno se muere saber de qué se muere (D2, pág. 45).

«Muera la intelectualidad y viva la muerte», Millán Astray (E2, pág. 53).

Como ejemplo de lo que entienden por intelectualidad los guerreros, el caso de un conocido general que para defenderse de anal-

fabeto o inculto aducía que de teniente a coronel estuvo explicando matemáticas en Academias militares. ¡Matemáticas primarias! Las matemáticas de academia militar como el latín de los seminarios en nada desarrollan la inteligencia ni el sentido crítico (E2, pág. 53).

Y Vallejo escribe:

Matan al libro, tiran a sus verbos auxiliares,
a su indefensa página primera!
Matan el caso exacto de la estatua,
al sabio, a su bastón, a su colega (V., pág. 227).
[...] matad
a la muerte, matad a los malos!
¡Hacedlo por la libertad de todos!
[...]
y hacedlo, voy diciendo,
por el analfabeto a quien escribo,
por el genio descalzo y su cordero (V., pág. 227).
Un libro quedó al borde de su cintura muerta,
un libro retoñaba de su cadáver muerto.
Se llevaron al héroe,
y corpórea y aciaga entró su boca en nuestro aliento;
sudamos todos, el ombligo a cuestras;
caminantes las lunas nos seguían;
también sudaba de tristeza el muerto.
Y un libro, en la batalla de Toledo,
un libro, atrás un libro, arriba un libro, retoñaba del cadáver.
Poesía del pómulo, entre el decirlo
y el callarlo,
poesía en la carta moral que acompañara
a su corazón.
Quedose el libro y nada más, que no hay
insectos en la tumba,
y quedó al borde de su manga el aire remojándose
y haciéndose gaseoso, infinito.
Todos sudamos, el ombligo a cuestras,
también sudaba de tristeza el muerto
y un libro, y lo vi sentidamente,
un libro, atrás un libro, arriba un libro
retoño del cadáver ex abrupto (V., págs. 253-254).

Escribe Unamuno:

Los niños aquí, en el corral, junto a las gallinas, pam!
pam! pam! Viva España! (B1, pág. 27).
Y los niños! El mundo no era ya mi representación (B2,
pág. 29).
El niño que construye un muñeco para romperlo (E3, pág.
55).

Y Vallejo escribe:

Así tu criatura, miliciano, así tu exangüe criatura,
agitada por una piedra inmóvil,
se sacrifica, apártase,
decae para arriba y por su llama incombustible sube,
sube hasta los débiles,
distribuyendo españas a los toros,
toros a las palomas... (V., pág. 224).
volverán

los niños abortados a nacer perfectos, espaciales (V., pág. 226).

¡Porque en España matan, otros matan
al niño, a su juguete que se para,
a la madre Rosenda esplendorosa,
al viejo Adán que hablaba en voz alta con su caballo
y al perro que dormía en la escalera! (V., pág. 227).
¡Lid a priori, fuera de la cuenta,
lid en paz, lid de las almas débiles
contra los cuerpos débiles, lid en que el niño pega,
sin que le diga nadie que pegara,
bajo su atroz diptongo
y bajo su habilísimo pañal,
y en que la madre pega con su grito, con el dorso de
una lágrima
y en que el enfermo pega con su mal, con su pastilla
y su hijo
y en que el anciano pega
con sus canas, sus siglos y su palo
y en que pega el presbitero con dios!
¡Táctos defensores de Guernica!
¡Oh débiles! ¡Oh suaves ofendidos,
que os eleváis, crecéis,
y llenáis de poderosos débiles el mundo! (V., pág. 234).

Escribe Unamuno:

Entre los hunos y los otros están descuartizando a España (A2,
pág. 21).
Y ella en tanto? Están ante la muerte, ante la muerte comunal.
Finis Hispaniae (B1, pág. 27).
Dos mitades de España una queriendo creer y la otra desesperada
de no poder creer (B2, pág. 29).
España contra sí misma. ¡Viva España! es la expresión de su gana
de vivir (B2, pág. 29).
No son unos españoles contra otros —no hay Anti España— sino
toda España, una, contra sí misma. Suicidio colectivo (B2, pág. 29).
No una España contra otra —la Anti España— sino toda España
contra sí misma (B3, pág. 31).
Qué es España? Cuál su fe? España es un valor comunal histórico
pero dialéctico, dinámico, con contradicciones íntimas. La que
los hotros llaman la Anti-España, la liberal, es tan España como
la que combaten los hunos (B4, pág. 33).
Anti-España? tradición? Historia-Tradición altamirana, ibérica, céltica,
románica, gótica, arábica, reyes católicos, hispánica, habsburgiana,
borbónica, Cortes Cádiz liberal, guerras civiles, republicana,
y todo uno, con sus fecundas contradicciones íntimas (C3, pág. 39).
Y mi amor a España al pueblo español? Por eso, por su desgracia,
por su degradación, por su desesperación. Como se puede
querer al pobre Luzbel (D4, pág. 49).
«Tiene V. fe en España?» «En cuál? en la de los que gritan «¡arriba
España!» los arribistas? en esa no». «En cual, pues? en la de
usted» «En la mía? La mía se acaba conmigo. Y si la deo en
mi obra tengo fe en ella; como la tengo en Cervantes» (E4, pág. 57).
Yo no he cambiado, han cambiado ellos (D3, pág. 47).
Da asco ser hombre (C1, pág. 35).

Y Vallejo escribe:

¡Oh vida! ¡Oh tierra! ¡Oh España! (V., pág. 229).
¡Cuidate, España, de tu propia España!